

pongamos que se explica a los hombres futuros que en estas épocas, como en todas, dada la constitución biológica de la especie, una irregularidad sexual no acarrea al varón absolutamente ningún inconveniente personal, en tanto que a la mujer le producía, además de dolores materiales, una incapacidad o dificultad para el trabajo; inmensa responsabilidad, como ser, la alternativa entre trabajar para alimentar a un hijo o ser asesina; y que, entre tanto, en ese mismo siglo, cuando se producía esa irregularidad sexual, el hombre no era condenado por la sanción de opinión, y lo era terriblemente la mujer. ¿Creen ustedes que la expresión de horror sería menos grande que la que experimentamos nosotros ante las cosas antiguas?

Pero «*in eo vivimus, movemur et sumus*»; y al respirar el absurdo o el mal, nos creamos ese estado de anestesia especial. Es entonces cuando *hacemos teorías*, cuando procuramos *justificar* las cosas, cuando razonamos; y, con el razonamiento, se justifica todo y se prueba todo. Y no nos damos cuenta de que los progresos y los grandes cambios sociales nunca o casi nunca se hacen a consecuencia de raciocinios, sino que lo que cambia es el *estado de espíritu*; algo mucho más hondo que el plano psicológico puramente intelectual. En otros tiempos se daban razones para justificar la esclavitud; y hoy se dan razones para justificar muchas instituciones actuales, que quizás sean poco menos atroces que ella. Hoy, con respecto a las instituciones viejas que han desaparecido, encontramos inmediatamente el raciocinio que destruye aquellos raciocinios; ya encontrarán nuestros descendientes el raciocinio que destruya los nuestros de hoy. Entretanto los cambios sociales no se hacen principalmente por la argumentación, por la teoría: los

hombres cambian de *estado de espíritu*. El tormento no desapareció el día en que los hombres se convencieron intelectualmente de que era malo; desapareció el día en que los hombres no lo pudieron soportar más, por causas de sentimiento, o también por causas si se quiere de orden intelectual, pero más profundas que las que se condensan en fórmulas de discusión. Nos parece muy sencillo el que los antiguos pudieran con la mayor facilidad razonar sobre la esclavitud, y a consecuencia de sus razonamientos, suprimirla. Y bien: las prácticas que tenemos nosotros los hombres civilizados, de exterminar a los pueblos salvajes o semisalvajes que ocupan la tierra que nuestra ambición nacional o comercial necesita ¿son menos horrosas? ¿Y hay un hombre hoy que no sea capaz de demostrar por el raciocinio que esas prácticas son malas? Y sin embargo, cambian esas prácticas por el raciocinio? En manera alguna: cambiarán el día en que la humanidad no pueda soportarlas más, debido a su perfeccionamiento moral.

Y, de aquí, ¿qué consecuencia práctica se saca? La de que, al juzgar las instituciones sociales, al pensar sobre ellas, o al tratar sobre ellas de cualquier modo, no debemos limitarnos a razonar al respecto, a hacer teorías, a hacer sistemas: a decir: «esto es individualismo», «esto es socialismo», «esto es tal o cual cosa», a poner etiquetas; sino que hemos de esforzarnos en evitar, en combatir por todos los medios esa anestesia adaptativa lógico-moral ¿me entienden? Aun separando la cuestión de si los absurdos o los horrosos son corregibles, evitar que nos invada esa anestesia que nos impide sentirlos.

CARLOS VAZ FERREIRA

De *Educación Sociológica*, de Montevideo.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.